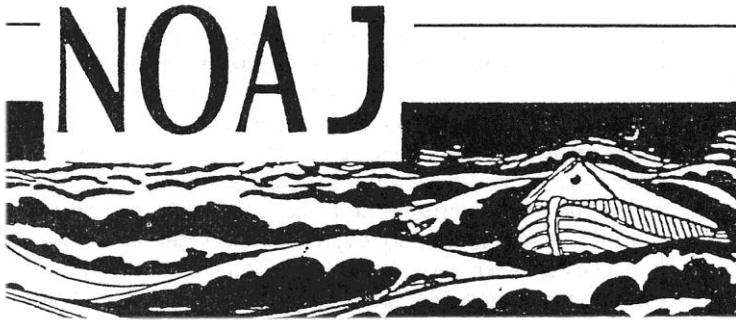




Año III, N°. 3-4, mayo de 1989

Gai, Mijal. pp. 181-182

Cuando me invitaron participar en este "panel", sentí — por causas distintas — un doble sentimiento de oposición y atracción. Después de haber entretenido los años de la adolescencia discutiendo sobre lo que es o podría ser lo judío, me veía mirar ahora con una desconfianza no del todo sorprendente, esas alianzas casi obligadas entre lo judío y... lo que fuera; alianzas muy habituales en este país, sobre todo, desde que está tan en boga hablar y hablar de las raíces; y yo — la verdad sea dicha — nunca tuve una especial predilección por el abolengo o la jardinería. Sin embargo, ¿qué sucedía con mi deseo de participar? Sucedió que hablar sobre poesía y judeidad era para mí hablar sobre dos conceptos cuyos límites no me sería fácil fijar, pero cuyos sentidos, sin duda, me comprometen. Y puesto que considero que ciertos puntos concernientes a la poesía y a lo judío convocan preguntas que inquietan mi actualidad, he decidido detenerme en ellas.

El lenguaje es un intento de compensar una ausencia. Del

carácter compensatorio de lo simbólico puede dar testimonio el pueblo judío. Podría decir — sin invalidar las causas socio-económicas y culturales que explicarían su permanencia — que el pueblo judío ha vivido unido por la letra escrita y por un lenguaje hablado; distintos lenguajes que los judíos han creado durante siglos para encontrar hospedaje en una cotidianidad.

Tomo el idish como ejemplo y cito una expresión muy corriente en este idioma: "*zogn an eign vord*", cuya traducción es: "decir una palabra propia". Obsérvese que "lo propio" no refiere aquí, de ningún modo, a la palabra original e individual sino a la palabra "del viejo hogar" ("*fun der alter heim*"). ¿Qué era ese "hogar"? No era, por cierto, Polonia; ni siquiera, tal vez, el pueblo o las calles conocidas de la ciudad natal. Era, sobre todo, lo que podía aparentemente revivir en la canción y en la entonación — difícil de describir — que caracteriza a la frase de la lengua llamada ostentosamente "*mame loshn*", "lengua materna". Se dirá con razón que una lengua materna es el patrimonio indiscutible de todos los pueblos; sólo intento señalar que insisten en hablar mucho de ella, aquellos que tienen una vivencia muy profunda de lo ajeno. Sirvan, asimismo, como prueba del esfuerzo por asirse a lo simbólico, la furia con la que nuestro pueblo se lanzó a una lucha entre idiomas y el empecinamiento con que ha obligado a una lengua a renovarse. (No en vano llegan, de tanto en tanto, a la Academia de la Lengua Hebrea, lingüistas vascos que vienen a descifrar cómo fue que sucedió ese renacimiento).

El camino que va desde la carencia a la construcción de un lenguaje es un camino que todos recorremos con mayor o menor

Oriunda de Argentina, Mijal Gai ha enseñado literatura española y latinoamericana en la Universidad Hebrea de Jerusalem. Escribió trabajos sobre Arlt, Quevedo, Augusto Mario Delfino, Ciro Alegría, Gabriel García Márquez, Alejandra Pizarnik y Alberto Szpunberg.

(generalmente, menor) conciencia, pero que el poeta encarna con toda la materialidad de que es capaz su palabra. El poeta es el que no puede ni quiere distraerse de la carencia que nos constituye. Y persigue la creación de otro orden simbólico. La carencia a la que aludo se relaciona con el hecho de que no decimos nuestra palabra, sino que somos dichos por ella; somos **hablados** por el lenguaje. El poeta asume esta verdad con singular certeza y se coloca en el lugar del que busca más que en el lugar del que sabe, porque desde el lugar de las verdades reveladas y proclamadas poco queda por descubrir.

Permítanme ahora leer un breve cuento que sirve de epígrafe al último libro de Alberto Szpunberg, **Apuntes**:

"Rabí Mendl de Kotzk dijo a sus discípulos: las almas descienden del reino de los cielos por una escalera. Luego ésta es retirada. Pero desde arriba llaman a las almas para que retornen. Algunas no se mueven de su lugar porque, ¿cómo subir al cielo sin escalera? Otras saltan y caen y altan nuevamente y abandonan. Pero están aquellas que saben muy bien que no es posible lograrlo, pero lo intentan una y otra vez hasta que Dios las toma en sus manos y los eleva a las alturas."
*Cuentos jasídicos (Los maestros continuadores, II),
Martín Buber.*

Los versos del poeta se estremecen, precisamente, cuando aluden a la tensión entre el desseo de alcanzar y el saber "que no es posible lograrlo".

Y retornando a lo judío: si en lugar de reconocer esta tensión, que también ha alentado durante años el sueño del judío diaspórico, nos entregamos totalmente a la ilusión de esas manos que nos colocan en los cielos, si no reconocemos su carácter imaginario, optamos por el mito; el mito del encuentro, de la integridad y de lo completo. Entonces nos proclamamos como dueños de la palabra, consideramos que los judíos estamos en el "ombligo del mundo", que somos única medida de todas las cosas y que todas las **buenas** cosas son nuestro patrimonio o merecerían serlo. Y este es un pensamiento que considero peligroso: extraño a lo que entiendo por judío y ajeno a lo que entiendo por poético. ♦